

14
XNT-XIX-1286/25

†

TRES SERMONES

PREDICADOS EN LA

CUARESMA DEL PRESENTE AÑO DE 1869,

EN LA

STA. IGLESIA METROPOLITANA Y PATRIARCAL
DE ESTA CIUDAD

POR

el Dr. D. Manuel Gonzalez y Sanchez, Pro.
CANÓNIGO PENITENCIARIO DE LA MISMA SANTA IGLESIA Y
RECTOR DEL SEMINARIO CONCILIAR.

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

SEVILLA.—1869.
Imprenta y librería de D. A. Izquierdo,
Francos 60 y 62.

20 ms

R. 71.223



SERMON

SOBRE LA CEREMONIA DE LA CENIZA.



SELMON

SCENE II. SELMON'S OFFICE

[A faint, illegible text block, likely bleed-through from the reverse side of the page.]

Memento, homo, quia pulvis es,
et in pulverem reverteris. *Ex caerem.*
ecce. hujus diei.

EMMO. Y RMO. SR.: (1)

Cuando á nuestro al rededor todo vacila, y los hombres se agitan, y los sistemas se suceden, y las instituciones desaparecen, y todo en fin se muda, se cambia y se trastorna, demostrando una vez mas la inestabilidad de las cosas humanas, sirve de gran consuelo á nuestro espíritu, encontrar una institucion firme, que no se conmueve, una ciudad dichosa, donde reinan la paz y la justicia, y un alcázar sagrado, donde siempre resuena la voz de la verdad, que dá vida á la inteligencia, y se ostenta en todo su brillo la hermosura de la virtud, que perfec-

(1) Se hallaba presente el Emmo. y Rmo Sr. Cardenal Arzobispo de esta diócesis.

ciona y santifica el corazón. Tal es, señores, la Iglesia de Jesucristo, tal es la Iglesia Católica.

No busquéis en ella los variados sistemas inventados por la razón humana, y á cuyo exámen y defensa han consagrado su actividad las diferentes escuelas filosóficas; su enseñanza es una é inmutable. No esperéis escuchar jamás de sus labios palabras de aprobación para el vicio y la iniquidad; ella los reprueba, porque su moral es pura é invariable. Ni le preguntéis por esa felicidad mentida, que el hombre pretende hallar en los bienes de la tierra; porque ella os enseñará á levantar los ojos al cielo y á buscar solo allí la felicidad verdadera y eterna.

¡Ah! Ella lleva en sus manos la luz de la verdad y predica siempre la virtud, permaneciendo constante, aun medio de los trastornos, que suelen agitar á las sociedades humanas. A su vista pasan rápidamente los siglos, se destruyen los imperios, desaparecen las generaciones.... Sí, todo pasa, mientras que ella permanece firme é inalterable. Jamás dejará de enseñar al hombre la verdad, jamás dejará de inspirarle las virtudes, jamás dejará de dirigirle solícita por la senda de su felicidad verdadera. Este es el fin de sus esfuerzos, el objeto de sus ansias, el anhelado término de sus deseos; y por eso no cesa de repetir su enseñanza, hasta vencer la resistencia, que suele oponerle el hombre, cuando se deja dominar por el desórden de las pasiones. Ved porqué hoy, como en los años y como en los siglos anteriores, con-

grega á sus hijos en el sagrado recinto del templo, y arrojando sobre sus frentes la ceniza, símbolo de nuestra mortalidad, les repite por boca de sus ministros: *acordaos, que sois polvo, y en polvo os habeis de convertir: «Memento, homo, quia pulvis es.....»*

No importa que el hombre, inclinado al mal desde su juventud por la corrupcion de su naturaleza, se olvide fácilmente de esta saludable enseñanza; que busque el placer y se afane por los bienes caducos de la tierra; la Iglesia lo llamará una y otra vez, un dia y otro, uno y otro año, y le repetirá ansiosa de su bien: acuérdate, hombre, que eres polvo, y en polvo te has de convertir. Y su palabra no quedará encerrada dentro de los muros del templo, pasará mas allá; y el mundano en medio de sus ilusiones, de sus placeres, de sus locas alegrías, y en el mismo lugar donde, coronado de rosas y halagado por el mundo, apura hasta las heces el cáliz de la disolución, esperando encontrar la felicidad porque suspira, percibirá su poderoso éco, que, resonando en el fondo de su corazon repite: acuérdate, hombre, que eres polvo, y en polvo te has de convertir.

¿Qué es esto, señores? ¿Es acaso la Iglesia una importuna enemiga de nuestro reposo? ¿Pronuncia hoy esa triste y desconsoladora sentencia, porque se complace en acibarar nuestros placeres, en angustiar el corazon, y en llenarnos de pavoroso miedo, poniendo á nuestra vista la lobreguéz y las sombras del 'se-

pulcro? ¡Oh! no. Ella es una madre tierna y compasiva, que nos trae hoy á la memoria el recuerdo de nuestros intereses eternos, y que solícita de nuestra felicidad verdadera, desea recoger en esta vida y trasportar á la otra los sacrificios y las virtudes, que ella misma nos inspira, para que sean el rico tesoro de nuestra inmortalidad.

Acuérdate, hombre, quiere decirnos, acuérdate que no has sido criado para vivir siempre en la tierra; que los placeres porque te afanas se disipan, que la felicidad con que te brinda el mundo es efímera, y que ese cuerpo á quien halagas ha sido formado del polvo, y en polvo se ha de convertir. Acuérdate que hay en tí un alma inmortal que ha de sobrevivir á la ruina del cuerpo, y que, libre de la cárcel en que hoy se encuentra encerrada, ha de gozar una felicidad eterna, ó sufrir una eterna desdicha. Acuérdate que tu suerte futura depende de tu libre voluntad; que la vida presente te se ha dado para que conquistes el reino feliz que te espera, y que el momento de la muerte es el instante que decide tu eterna dicha ó tu eterna desventura. *Memento homo....* ¡Oh! ¡qué enseñanza tan sublime! ¡como ánima nuestra esperanza en este lugar de destierro! ¡qué vigor comunica á nuestro espíritu, para hacernos marchar con rapidéz por las sendas de los deberes, cuyo cumplimiento forma nuestra inmarcesible corona! Ella me hace contemplar sin sobresalto el sepulcro; y ya no me llenan de pavor sus sombras, ni me sorprende el silencio pro-

fundo que en él observo, ni me hace retroceder su hediondez; por que, ilustrado por la doctrina de la Iglesia católica, puedo exclamar á la vista de las cenizas que encierra: «soy inmortal, me espera una corona, y puedo alcanzarla, usando rectamente de mi libertad.»

Pero ¿que escucho? ¿Que desconsoladora voz viene á turbar en estos momentos mi gozo? ¿qué extraña doctrina pretende disipar mi dulce y halagüeña esperanza? ¡Ah!: es la voz del racionalismo moderno que, con sus injustas é infundadas negaciones, intenta destruir las robustas afirmaciones de la doctrina católica. «No existe en el hombre, dice, «ese espíritu inmortal: no es mas que un agregado «de materia. Para él nada hay, absolutamente nada «mas allá del sepulcro. Su felicidad está en la tierra, «y puede conseguirla, usando ampliamente de su libertad, que nada debe restringirla ni limitarla.»

Ved aquí, señores, las dos enseñanzas que, luchando constantemente entre sí, han pretendido en todos tiempos posesionarse del hombre: la afirmacion católica, y la negacion racionalista. Hoy se sostiene con ardor el combate; y por eso á la vez que ois la enseñanza de la Iglesia, percibis la voz del racionalismo, que propaga entre nosotros su funesta y perniciosa doctrina. Para librar de tan inminente peligro de seducción á los fieles que aun permanecen firmes, robustecer á los débiles y convencer é ilustrar á los extraviados, es necesario predicar muy al-

to la verdad, y anunciarla al pueblo con mas empeño y con mas energía que nunca. Por esto me propongo demostraros que la doctrina católica acerca de la naturaleza y destino del hombre nos engrandece y ensalza, mientras que la del racionalismo nos degrada y envilece. Lo comprendereis facilmente examinando lo que una y otra doctrina nos enseñan primero, sobre nuestro ser y nuestro último fin, y segundo sobre los medios de conseguir la felicidad verdadera. Ideas sublimes que la Iglesia quiere hacernos meditar hoy, excitando en nosotros el recuerdo de nuestra mortalidad. *Memento, homo.....*

Dios quiera dar fuerza á mis palabras, y mover vuestros corazones, para que al concluir digamos todos: solo está la verdad en la doctrina católica. Pidamos esta gracia por la intercesion poderosa de la Virgen inmaculada, saludandola reverentes con el Ángel. Ave Maria.

I.

No hay grandeza, no hay felicidad para el hombre fuera de la verdad revelada. Esta es, señores, la idea que asalta á nuestras inteligencias, esta la expresion que se ven obligados á pronunciar nuestros labios, cuando meditamos un poco á la vista del sepulcro. Porque, ¿quien no recuerda al punto que la

ley de muerte, fulminada contra el humano linaje, es un castigo impuesto al hombre, que en su necesidad y soberbia se apartó de la palabra de Dios, por seguir una seducción engañosa, despreció la afirmación del Criador por admitir la negación de la criatura? Inextinguible salió el hombre de las manos de su Dios en el momento de la creación; dotado de inestimables dones, enriquecido con sublimes prerogativas, y adornado de la justicia y santidad: todo en él era grande, noble, magnífico. Feliz hubiera permanecido, si hubiese prestado una docilidad constante á la palabra de su Hacedor supremo. La muerte no hubiera venido á poner término á su existencia, ni el temor á ella hubiera angustiado jamás su corazón. Ahí tienes, le había dicho el Señor, todos los árboles del paraíso; puedes alimentarte de sus frutos; solo te prohibo, para que reconozcas tu dependencia y mi soberanía, llegar á ese árbol que se halla en medio de este jardín deleitable. Jamás tocarás á su fruto, porque en el día que de él comieres, morirás. *In quocumque enim die comederis ex eo morte morieris.* (1) Ved aquí, señores, la afirmación de la verdad divina. Si ella hubiera sido siempre la regla porque se hubiese dirigido el hombre, no hubiera sentido Adán, ni su posteridad infortunada, los fieros golpes de la muerte, y el hombre hubiera permanecido siempre grande, siempre noble, siempre rico en pre-

(1) Gen. II, 17.

ciosos é inestimables dones. Pero una voz seductora resuena en sus oídos. Era la voz de una criatura desventurada, que se habia rebelado contra su Criador; que sentia sobre sí el peso de la justicia divina, y deseaba hacer al hombre participante de su infortunio. Habla, y á la afirmacion de la palabra divina, opone una negacion orgullosa. Comed del fruto vedado, dice á la primera mujer, él os comunicará la ciencia del bien y del mal. Os hará felices, libres, é independientes: seréis como dioses. No importa que el Criador os haya amenazado con la muerte; creedme: *nequaquam morte moriemini* (1) no morireis. Ved aqui la negacion de la razon creada.

¡Oh! ¡qué cambio tan funesto sucede á estas palabras engañosas! La naturaleza se trastorna, el hombre huye, la paz ha abandonado su corazon, sus dones y riquezas se han convertido en vergonzosa desnudez y la muerte empieza á hacer víctimas, y continúa, y continuará para siempre, aumentando sus trofeos con los despojos de nuestra mortalidad. ¿Qué es esto señores? ¡Oh! es que nuestros primeros padres prestaron oídos á las palabras falaces de su astuto enemigo, que soberbio negó la verdad de la palabra de Dios; y sus infortunios que son los nuestros, y la muerte, que por todas partes nos acecha, han venido á acreditar, y confirman constantemente la eficacia de la verdad divina, cuya negacion no proporciona al hom-

(1) Gen. III, 4.

bre mas que lágrimas, degradacion y miserias. Si, cada golpe que la muerte descarga con su inexorable guadaña sobre el hombre, nos obliga á repetir y con nosotros á todas las criaturas: *Verbum Domini manet in aeternum*: (1) la palabra de Dios permanece para siempre.

Guardadora y depositaria de esta palabra divina es la Iglesia. Ella nos la enseña; nos la repite constantemente para que no la olvidemos, y, ansiosa de nuestra felicidad, nos dice lo que somos, y nos muestra el término á que debemos dirigir nuestros pasos si hemos de alcanzar la verdadera dicha. Contra su divina enseñanza se levanta la pretendida ciencia moderna, inspirada por el antiguo enemigo del humano linaje, y encargada por él de continuar su obra de destruccion y de muerte; y repitiendo la negacion funesta que en el paraíso atrajo tantos males sobre el hombre, aumenta hoy los infortunios bajo cuyo peso gime la desgraciada humanidad. «No «creais, dice, no presteis vuestro asenso á la doctrina católica, ella pone sobre vosotros un yugo insoportable que os degrada. Bajo su influencia seréis infortunados, porque no aspira mas que á oprimiros con duras cadenas que os esclavizan. Seguid, seguid mi enseñanza: ella os comunicará la verdadera ciencia y os hará hallar la felicidad. Sí, seguid mis máximas, que yo os haré sábios, os haré gran-

(1) Isai. XL, 8,

«des, os haré libres y adornaré vuestras sienes con «inmarcesible corona de honor, de grandeza y de gloria.»

Tales son, señores, las dos enseñanzas que hoy luchan en el mundo. ¿Cuál de ellas nos dice la verdad? ¿Cuál nos dá la verdadera idea de nuestro ser y de nuestro destino? ¿Cuál nos conduce por la senda de la felicidad suprema? Detengámonos un momento en su exámen, comparemos y deduzcamos.

No es solo el cuerpo, que nuestros sentidos perciben en el hombre, lo que constituye su ser; hay en él un espíritu, un alma, que lo vivifica, que da animación á su rostro, brillo á sus ojos, movimiento á sus miembros, y es el principio que siente, que percibe, que discurre y raciocina. El cuerpo y el alma son los dos elementos que constituyen al hombre. Tal es la enseñanza de la doctrina católica. ¿Puede darse, señores, una enseñanza mas conforme con los principios de la recta razón, ni que mas contribuya á nuestro propio ennoblecimiento?

Penetrad un momento en vuestro interior; medidad sobre vosotros mismos, y asaltará á vuestra mente la idea del alma. ¿Quién la produce en vosotros? Vuestro cuerpo es material, y por todas partes os hallais rodeado de materia; ¿cómo pues se recrea vuestra mente con la idea de un ser espiritual? Nuestras ideas se fundan siempre en la existencia real de alguna cosa, y, aunque sean falsas, suponen todas la existencia real de los elementos que

las producen. Imposible es que la idea del alma haya sido producida por la materia; porque entre esta y el ser espiritual hay una distancia inmensa. Si pues tenemos esa idea y todo cuanto perciben nuestros sentidos es materia, necesario es decir que otro es el principio que la produce. Sí, es el alma misma que existe en nosotros, que se conoce, se siente y dá testimonio de sí de una manera tan explícita y tan terminante, que no es racional negar, ni aun poner en duda su existencia. Sí, hay en nosotros un alma que nos hace superiores á todos los seres que nos rodean: esta es la voz que percibimos en nuestro interior, voz que ha resonado en todos los tiempos, que han pronunciado todos los pueblos, y que se ha repetido, se repite hoy y se repetirá siempre en todos los idiomas. No puede ser de otra manera.

Colóquese el hombre en un solitario desierto; rodeenle por todas partes los objetos materiales que le ofrece la naturaleza; agrúpanse en torno suyo los animales de todo género; él sin embargo sentirá que está solo, porque conoce que ni las aguas, ni los árboles, ni los animales, ni ninguno de los objetos que le rodean, son de su misma naturaleza. Sí, sentirá que está solo, porque en su interior descubrirá que existe en él un principio, un espíritu, un alma, que lo distingue, lo engrandece, lo hace superior á todos los seres de la tierra. Pero hay mas, señores. Cierre el hombre sus ojos al bello espectáculo que le

presenta la naturaleza; reconcentrese dentro de sí mismo; suspenda el uso de todos sus sentidos; haga completa abstraccion de la materia; sin embargo él obrará en su interior, se extasiará en la contemplacion de la verdad, admirará su belleza, abarcará en un solo instante la inmensidad del tiempo y del espacio, se elevará hasta los cielos, penetrará hasta los abismos, y embelesado y absorto, gozará de mas puros placeres, cuanto mas apartado se encuentre de lo material y sensible. ¿Quién obra de este modo en el hombre? No es su cuerpo; porque tiene en suspenso el ejercicio de los sentidos; es si el espíritu, el alma que obra por sí misma, y que descubre la verdad, aun sin valerse de los órganos del cuerpo, enriqueciendo al hombre con ideas sublimes, de que jamás pueden dar testimonio los sentidos. ¡Oh qué grande aparece la criatura racional, admitida la existencia del alma que nos enseña la doctrina católica, en perfecta armonía con los principios de la recta razon ! Ella se nos presenta formada á la imagen y semejanza de Dios; imagen la mas perfecta y semejante, que le fué comunicada por el soplo divino que vivificó su cuerpo, dándole un alma espiritual é inmortal, capaz de conocer y de amar, de sabiduria y de virtud, de gracia y de bienaventuranza; é imagen tan natural al hombre que el pecado, dice S. Agustin, puede oscurecerla y afearla; pero jamás borrarla y destruirla (1). Ved a-

(1) Retract. lib. 2.^o cap. 24.

quí, señores, al hombre, segun la enseñanza católica: un ser superior á los demás seres que le rodean, dotado de un alma racional que lo distingue de todos los animales, imágen sublime de su Criador divino, de quien procede y á quien debe únicamente dirigirse. Es la imágen de Dios: no puede darse mas dignidad, mas grandeza, mas ennoblecimiento. ¿Será acaso mayor la que le comunica en su enseñanza la pretendida ciencia moderna?

«No existe en nosotros, dice, ninguna sustancia «espiritual; el principio que piensa en el hombre, «no es diverso de la materia; sus facultades todas «residen únicamente en sus órganos; su organismo «es todo su ser; en él no existe el espíritu, no hay «otra cosa que el cuerpo.» ¡Qué doctrina, señores, tan opuesta á la razon! ¡Cómo rebaja la grandeza y la dignidad de nuestro ser!... ¡La materia es la que piensa en nosotros!... ¿No sentis cómo se subleva la razon y hasta el sentido íntimo contra tan absurda enseñanza? «Las operaciones de una cosa, dice Sto. «Tomás, demuestran su sustancia y su ser; porque «cada uno obra segun lo que es, y la operacion propia de un ser sigue siempre á su naturaleza.» (1) Si pues el entender y el pensar son operaciones puramente espirituales y que se elevan mucho sobre la materia, ¿como ha de colocarse en esta su origen y principio? Si la materia fuese el principio que en no-

(1) Summ. cont. Gent. lib. 2.º c. 55.

sotros piensa, ¿como habia de entender el hombre, como habia de conocer las cosas puramente espirituales apartadas enteramente de la materia? ¿Como habia de percibir las ideas de la verdad, de la virtud, del bien, de lo infinito, de Dios? No, no hay proporcion entre estas sublimes y altísimas ideas y el principio que quiere asignarles la funesta doctrina del materialismo. La razon, el sentido íntimo, la propia experiencia lo rechazan, comprendiendo que la negacion materialista no hace mas que arrebatár al hombre su dignidad, y degradarle, hasta llegar á confundirlo con la bestia. Negar el elemento espiritual de su ser, negar la existencia de su alma es destruir todos los caracteres de dignidad que le ennoblecen. El hombre sin alma no seria la imágen del Criador, no se elevaria sobre la tierra que habita, y perderia la superioridad que tiene sobre todos los seres que en ella existen; porque vendria á confundirse con los irracionales haciéndose semejante á ellos. ¡Oh hombre que alucinado sigues la doctrina perniciosa del materialismo, que niega la existencia del alma humana, afirmada por la doctrina católica, arroja ya la corona con que esta ciñe tus sienes, desciende del trono en que te habia colocado, no te acuerdes de tu grandeza, no hables de dignidad ni de glorias, inclina tu frente hacia la tierra, oprimido bajo el peso de tu degradacion; porque el materialismo te ha comparado á las bestias insensatas y te ha hecho semejante á ellas! *Homo cum in honore esset, non in-*

tellerit; comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis. (1) ¿Veis señores, la diferencia entre la doctrina católica con respecto al hombre y la enseñanza racionalista? Pues continuémos.

Ese alma que anima y vivifica al hombre, añade la Iglesia católica, es inmortal; no perece con el cuerpo. Y en efecto: admitida la espiritualidad del alma, es de todo punto necesario admitir su inmortalidad. La muerte es una disolucion, ó lo que es lo mismo una separacion de las partes que constituyen el ser. Contemplad un árbol frondoso, cubierto de hermosas ramas, lleno de sazonados frutos, y arraigado profundamente en la tierra que con su jugo le comunica vida, vigor y lozania. Pues bien; cortad sus ramas, arrojad sus frutos, despedazad su tronco, arrancad su raiz, y el árbol deja de existir, el árbol muere. Mirad al hombre, y en su rostro, en sus movimientos, en su actividad advertiréis su vida: vedle lleno de robustez y de fuerza, y concebiréis la esperanza de que ha de gozar de una prolongada existencia. Pues sepárese su alma de su cuerpo, y notaréis al punto que, perdida su fuerza, su accion y su energía se convierte en frio y hediondo cadáver. La muerte supone siempre separacion de partes, y careciendo de ellas el alma, porque es espiritual, no es posible esta separacion, no es posible su muerte: el alma por tanto es naturalmente inmortal.

De aqui procede un singular fenómeno que ob-

(1) Ps. XLVIII, 13.

servamos dentro de nosotros mismos y que nos da testimonio de nuestra inmortalidad. Cuando á nuestro alrededor todo muere, cuando los seres desaparecen y cuando al mismo hombre lo vemos morir todos los dias, no hallandose nada en torno suyo que no se dirija á disipar en nosotros la idea de la inmortalidad, esta idea se halla profundamente arraigada en nuestra mente, la percibimos en nuestro interior, y ha sido constantemente profesada por los ingenios mas eminentes en todas las naciones civilizadas, á la vez que ha sido venerada hasta en los pueblos salvajes. Es, señores, que nuestra alma al mismo tiempo que nos da testimonio de su espiritualidad, nos lo da tambien y muy evidente de su inmortalidad. No importa que lo niegue el incrédulo; esta idea continuará siempre fija en nosotros y permanecerá posesionada del hombre de tal suerte, que será necesario recordarle de vez en cuando que es polvo, para que no llegue á engreirse, creyéndose inmortal hasta en su cuerpo. Por eso nos repite hoy la Iglesia, rociandonos con la ceniza: acuérdate, hombre, que eres polvo, y en polvo te has de convertir. Si, tu alma es inmortal; pero no te olvides que tu cuerpo está sujeto á los fieros golpes de la muerte. Tu alma es inmortal, y por eso busca un alimento inmortal y eterno, cual es la verdad, que le da vida: aspira á un perfeccionamiento siempre creciente: la impulsan unas tendencias constantes hacia lo eterno é infinito, y suspira por una fe-

licidad suprema y perfectísima. ¡Oh! los bienes de la tierra no le satisfacen..... Que escoja el hombre la posicion mas conforme á sus gustos é inclinaciones; que reuna en ella todas las grandezas, todos los honores, todas las felicidades del mundo; que todo contribuya á la satisfaccion de sus deseos; que nada le falte...: aun en este estado, la felicidad por que se afana huirá de él, se escapará de sus manos como una sombra, y al fin derramando lágrimas tendrá que reconocerse infeliz. Es que su alma no se sacia con los bienes perecederos; desea una dicha inmortal, una felicidad que no se acaba; y el ser què solo puede obtener su reposo con lo inmortal y eterno, debe estar necesariamente dotado de inmortalidad.

Contemplad ahora al hombre, persuadido de esta verdad consoladora, y vereis los efectos maravillosos que en él produce el dogma de la inmortalidad del alma, afirmado por la doctrina católica. Esta le enseña que la vida presente es el tiempo del merecimiento y la prueba, y que despues de ella encontrará la felicidad imperecedera por que suspira; que sus bienes y males son transitorios y deben servirle para obtener los bienes y evitar los males de la otra vida que no acaba, y le espera mas allá del sepulcro. ¡Oh! Esta doctrina eleva el corazon del pobre con la resignacion y la paciencia; ennoblece al rico con la caridad, la moderacion y la templanza, y estimula á todos á alcanzar su perfeccion moral y á enriquecer

con preferencia el elemento mas noble de su ser, el alma, que ha de sobrevivir á su cuerpo. Y el hombre despreciará los bienes caducos de la tierra, y la sed de los bienes eternos absorberá toda su alma, impidiendo se haga vil esclavo de la materia y los sentidos: aspirará constantemente á aumentar las riquezas de su espíritu, á crecer siempre en las virtudes que le hagan digno de la felicidad verdadera, y como las virtudes son inagotables, se verá obligado á perfeccionarse siempre mas y mas, huyendo del vicio que le degrada y buscando la santidad que le ennoblece. (1)

El dogma pues de la inmortalidad del alma que enseña la doctrina católica, es el medio mas poderoso para alcanzar nuestro verdadero engrandecimiento. Negadlo con la pretendida ciencia moderna, y veréis como se precipita el hombre en el abismo espantoso de la degradacion mas repugnante.

«Todo acaba para el hombre en el sepulcro, dice esa mal llamada ciencia, todo perece en él; nada hay «que sobreviva á la destruccion de su cuerpo.» ¡Oh que profundo caos ofrece á nuestra vista esta funesta y perniciosa doctrina! Prescindamos de su oposicion á los sentimientos de nuestro corazon, á las justas aspiraciones de nuestra alma, á la voz que resuena en nuestro interior, asegurandonos que en nosotros hay algo que no se acaba con el tiempo: consideremos so-

(1) Vease la obra citada de Augusto Nicolás lib.º 1.º cap. 3.º

lo el triste estado á que reduce al hombre, que se deja alucinar por sus máximas. No busqueis en él la virtud, ni el sacrificio, ni las acciones heróicas, ni los sentimientos generosos; porque no hallareis mas que vicio, egoismo, insensibilidad y dureza. Reducido á los estrechos límites del tiempo, se esforzará por gozar de los placeres de los sentidos. La conciencia y los remordimientos no seran para él mas que mentirosos importunos, de que procurará librarse, diciendo que son modificaciones de la materia. Solícito únicamente del placer y la comodidad, atropellará los sacrosantos fueros de la verdad, del deber y la justicia. Vé que pasa el tiempo con rapidez, que la muerte se aproxima para poner término á sus goces, y cuidará de aprovechar el espacio de su vida, único en que segun su doctrina puede gozar; y buscará placeres y se proporcionará delicias, repitiendo á cada momento, como los impios de que nos habla la sagrada Escritura: gozemos, gozemos, porque moriremos mañana: *Cras enim moriemur*. (1) No importa que la sociedad se estremezca por nuestros excesos; gozemos: que se destruyan las familias; gozemos: que nuestros prójimos tengan que sufrir violencias, deshonor, miseria; gozemos..... No les dirijais, señores exhortaciones ni súplicas, porque para el incrédulo nada valen: no les pondereis los males que causan,

(1) Isai. XXII, 13.

porque estos no les consternan : no les recordeis los castigos, porque no les corrigen, sino que mas les irritan: ¡oh! respiran corrupcion, respiran malignidad. ¿No lo veis, señores? ¿No veis al hombre, que alucinado por la pretendida ciencia moderna niega la inmortalidad de su alma, correr sin freno por las sendas del desórden y la inmoralidad? ¿No lo veis hoy, como siempre, aspirar á destruir todo cuanto se opone á la satisfaccion de sus depravados deseos, todo cuanto le puede impedir el goze de sus groseros y abominables placeres? Si, esa pretendida ciencia ha borrado en su frente el carácter de grandeza y dignidad, que en ella habia impreso la doctrina católica, y lo ha marcado con el sello ignominioso de la degradacion mas espantosa.

¡Oh, Religion divina de Jesucristo! tú sola eres la que engrandesces verdaderamente al hombre; tú la que lo libras de la esclavitud vergonzosa de los sentidos, á que lo reduce la incredulidad: tú la que lo sostienes en medio de las amarguras de la vida del tiempo, y tú la que avivas su esperanza, ofreciéndole y mostrándole mas allá del sepulcro una vida inmortal llena de felicidad y ventura.

¡Que grande aparece, señores, la Religion cuando al presentarnos hoy el sepulcro, abre á nuestra vista las puertas de la eternidad! Ella sola es la que podía darnos á conocer ese pais invisible, destinado á recibir las almas de los hombres, despues que se han separado de sus cuerpos. El mundo antiguo



no dejó de tener algun presentimiento, alguna idea de la vida futura, que, como vestigio de la revelacion primitiva, conservó en medio de los errores de la gentilidad. «No nos ha puesto la naturaleza en este mundo, decia el Orador romano, para habitarle siempre, sino para vivir en él como de paso. ¡Dichoso el dia en que salga de aquí, para ir á aquella asamblea celestial, á aquel divino consejo de las almas!»

(1) Pero ignoraba, señores, cual sería en esa vida nuestro estado, en qué consistiría nuestra felicidad. Los sabios, los oradores y los poetas tratan de pintarnos el estado de nuestras almas despues de la muerte, pero su misma debilidad no les permite levantarse sobre las cosas de la tierra; sus palabras no eran bastantes para satisfacer las aspiraciones del espíritu humano, ni sus promesas podían llenar los inmensos senos del corazon del hombre.

Solo la Religion de Jesucristo es la que ha podido hablar sin vacilaciones y sin dudas de la suerte futura, que nos está reservada. El hombre, dice, no ha sido criado para la tierra. La vida presente se le ha concedido para que sirva á Dios y le ame; y este servicio y este amor le hagan digno de poseerle y de gozarle para siempre. Sí, Dios mismo es la recompensa que Jesucristo ofrece á los que le aman. ¡Oh que idea tan sublime hace formar del hombre esta consoladora enseñanza! ¡Dios es su principio, Dios su fin, Dios su felicidad,

(1) Tratado de la vejez.

Dios su recompensa! Levanta ¡oh hombre! tu vista; mira al cielo, que en aquella region feliz está tu felicidad verdadera. No, no la busques en la tierra; allí y solo allí es donde podrás encontrar el objeto de tus deseos, de tus ansias, de tus aspiraciones. *Ego ero merces tua magna nimis*, (1) te dice Dios desde su refulgente trono. Yo, Yo seré tu verdadera recompensa. Yo que soy el autor de todos los dones y el principio fecundo de todos los bienes, me daré á ti en premio de tus virtudes; Yo enjugaré todas tus lágrimas, pondré término á tus infortunios, te colmaré de inefable dicha y te colocaré en el trono mismo de mi gloria. ¡Oh qué consuelo recibe el corazon con estas verdades! ¡Cómo afirman nuestra esperanza! ¡Qué estímulo tan poderoso nos ofrecen, para practicarlas virtudes, verdaderas riquezas, con que hemos de comprar esa felicidad suprema, armas invencibles, con que hemos de conquistar ese reino eterno, que nos está preparando. Allí se saciará nuestra sed de conocer y de amar, porque en Dios hallarémos la verdad infinita y el bien soberanamente perfecto: todo lo grande, todo lo hermoso, todo lo noble lo encontraremos allí en el ser infinito y eterno, de donde todo procede y en cuya posesion puede únicamente consistir nuestra verdadera felicidad.

Esto es lo que nos enseña hoy la Iglesia, al decirnos por boca de sus ministros: acuérdate hom-

(1) Gen. XV. 1.

bre, que eres polvo, y en polvo te has de convertir: acuérdate que la vida presente acaba con la muerte y que tu cuerpo ha de reposar en la estrecha, cárcel del sepulcro. Trabaja sin descanso, no pierdas los momentos de tu vida, procura enriquecerte con las virtudes, á fin de que alabrirse el sepulcro, para recibir tu cuerpo, se abran tambien para tu alma las hermosas puertas de la feliz eternidad. ¡Ay de aquel que permanezca ocioso! ¡Ay del que engreído con los bienes perecederos de la tierra, se olvide de Dios, quebrante su ley santa y marche por las sendas de la iniquidad! ¡Ay del que muera en la desgracia de su Dios! Perderá su vida feliz y sufrirá una eternidad desventurada. La vida futura será para el justo un eterno gozar; pero para el pecador un eterno llanto y un padecer eterno.

No importa que la incredulidad del siglo se rebele contra esta doctrina, que en su loco y temerario orgullo pretenda engañar á los pueblos, y levantando su soberbia frente contra el cielo, se atreva á gritar: ¡no hay infierno!..... La Religion, la recta razon y la justicia confundirán su negacion irracional y presuntuosa. Pues qué, ¿habia de ser igual la suerte futura del pecador y la del justo? El órden, que observamos perturbado en la sociedad, ¿no habrá de ser jamás restablecido? ¿Habria de acompañar siempre la desgracia á la virtud y la prosperidad al vicio? ¿Bajará al sepulcro sin ser vengado el varon justo y el criminal sin recibir el castigo? ¿Y quedarán im-

punes las blasfemias, los perjuros, los pecados todos, rebeliones soberbias, que consume la criatura contra su Hacedor supremo? ¡Oh! no, señores; son ofensas dirigidas á un ser infinito, dignas por tanto de un infinito castigo: y ya que la criatura por ser limitada no es capaz de una pena infinita en su intensidad, debe sufrirla infinita en su duracion. No hay medio, cristianos, ó dicha eterna, ó eterna desventura, ó para siempre gozar, ó para siempre padecer; y el instante de la muerte es el que irrevocablemente decide. ¿Quién podrá vacilar en la eleccion? ¿quién al escuchar hoy á la Iglesia, que nos recuerda ese momento supremo, no se resuelve á permanecer fiel á la doctrina de Jesucristo, y observar exactamente los preceptos de su Santa Ley? ¿quién no se egercitará desde hoy en las virtudes, que le han de proporcionar una felicidad sin término, y huirá del pecado, que le ha de traer una desventura sin fin?.... Y si la doctrina católica estimula al hombre á huir del pecado, que le llena de ignominia y á seguir la virtud, que le ensalza y glorifica, ¿habrá quien niegue que ella es la que proporciona al hombre la nobleza, la dignidad y el verdadero engrandecimiento? Lejos de nosotros la doctrina perniciosa de la incredulidad, que, negando la existencia de los premios y castigos eternos, nos degrada y envilece.

Contemplad sinó al incrédulo, reducido por su falsa ciencia á los estrechos límites de la vida presente, y sin esperar nada mas allá del sepulcro, y decid-

me si podeis concebir un ser mas infeliz y degradado. Su inteligencia necesita una verdad infinita, que no encuentra, ni jamás ha de encontrar, su corazon se agita por alcanzar la posesion de un bien soberano, que no halla, ni jamás ha de hallar. Sí, es un ser que ansía por una felicidad, que en vano busca en todos los bienes de la tierra, únicos, que conoce y admite; un ser, que siente unas aspiraciones sublimes, que lo empujan hácia lo eterno y lo infinito, y para cuya satisfaccion no le ofrece su ciencia mas que objetos limitados y transitorios; un ser que trabaja toda su vida por conseguir lo que desea y que, sin haberlo alcanzado, se vé acometido por la muerte, que viene á poner término á todos sus afanes, y un ser por último que repitiendo la máxima de su ciencia perniciosa: «nada hay mas allá del sepulcro» muere al fin sin consuelo, sin esperanza.... ¡Oh, señores! esto es cruel, es terrible: la pretendida ciencia moderna no hace mas que causar al hombre su infelicidad y desdicha en el tiempo y en la eternidad: solo la Religion de Jesucristo es la que anima nuestra esperanza, dilata nuestro corazon, y en la vida y en la muerte nos consuela, poniéndo á nuestra vista la suprema felicidad, que nos ofrece, y enseñándonos los medios seguros de alcanzarla, con los que contribuye tambien á ennoblecernos y ensalzarnos.

II.

El recto uso de la libertad es indispensable al hombre para conseguir su dicha eterna. El abuso de ella es la causa de su perdicion y de su ruina. No, no es la Iglesia católica enemiga de la libertad humana; no ha pretendido jamás tiranizar al hombre, ni ha sido nunca su opresora, como injustamente aseguran sus declarados adversarios. Predicando, como predica constantemente la virtud, y reprobando, como reprueba el vicio; ofreciendo premios al justo, y amenazando con severos castigos al pecador, no podia excluir de su doctrina el dogma de la libertad humana, porque sin ella no se puede concebir la virtud, ni el pecado, el mérito, ni el demérito. Encargada de proporcionar al hombre los medios necesarios para conseguir su eterna felicidad, ha velado siempre por dirigir á este fin altísimo la libertad humana, impidiendo que ese don precioso, concedido por Dios al hombre, se convirtiese en funesto principio de su degradacion y desventura, en vez de ser el elemento poderoso de su elevacion y de su gloria. Un caudaloso río, cuyas corrientes se deslizan con rapidez dentro de su cauce, sirve para fertilizar la tierra y hacerla producir ópimos frutos. Pero si se desborda y en agitadas olas se extiende por hermosas y fértiles campiñas, todo lo invade, todo lo corrompe y destruye.

Así señores, la libertad humana, que encerrada dentro de sus justos límites sirve para engrandecer y glorificar al hombre, fuera de ellos no hace mas que precipitarlo en un abismo de infortunio. ¿Y quien sino la Iglesia católica ha velado incesantemente en favor de la libertad humana? ¿Quien sino ella la ha constituido siempre fundamento de la moralidad de todas nuestras acciones? ¿Quien la ha salvado en medio de los encontrados sistemas, inventados por la razon del hombre en sus lamentables extravios?

Al grito de independencia de la razon se rebelaron los novadores del siglo XVI contra la autoridad de la Iglesia, y propagaron sus funestos errores, entre los cuales se encontraba la negacion de la libertad humana, que suponian habia perdido el hombre, para las cosas espirituales, desde que cometió la primera culpa. La Iglesia entónces define el dogma de la libertad, y lo salva del naufragio, con que le amenazaban los errores de aquel infortunado siglo. Los maestros del error siguen sin embargo su obra de destruccion, modifican mil veces sus perniciosas doctrinas, y llegan á conceder al hombre amplia libertad para el pecado. En su enseñanza los crímenes mas detestables no manchan al alma; decian que la fé bastaba al hombre para justificarse; siendo la fé por tanto como un límite, que pusieron á la libertad. La Iglesia se levanta contra esta inmoral y funesta doctrina, y enseñando que la fé sin obras es muerta, ofrece al hombre

el verdadero principio de su ennoblecimiento, á la vez que exhortandole á las virtudes, impide que se precipite en el lodazal inmundo del vicio. La moderna filosofía avanza aun mas que los pretendidos reformadores del siglo XVI. Ella traspasa el límite, que aquellos habian dejado á la libertad, y declarando á esta de todo punto incompatible con la fé, gritan diciendo á la faz del mundo en nuestros dias: «el hombre que cree no puede ser verdaderamente libre.» ¡Oh delirio de la razon extraviada! ¡Declarar al hombre independiente hasta de la autoridad misma de Dios! ¿No es esto convertir su libertad en una desenfrenada licencia, que justifique todos sus actos, y le deje entrar por la senda de todos los vicios y de todos los errores? ¿Y habria de permanecer la Iglesia indiferente, sin combatir estas funestas doctrinas, que destruyen toda moralidad y son un manantial fecundo de miseria y degradacion para el hombre? ¡Oh no, señores! Firme en sus principios, no dejará jamás de enseñarle la verdad y mostrarle la senda, por donde ha de marchar si desea conseguir su verdadero engrandecimiento. El hombre es libre, dice: sí, el hombre es libre; pero no independiente. Tiene deberes sagrados, que cumplir; deberes que no podrá traspasar jamás sin sentir sobre sí el peso de la mas grave responsabilidad, y deberes, que constituyen el justo y necesario límite de su libertad.

En efecto, señores, la libertad en su mas amplia acepcion es la facultad de elegir. Porque soy libre puedo escoger entre dos cosas diversas, puedo deci-

dirme por un objeto ó su contrario, puedo determinarme á practicar el bien ó á hacer el mal. Pero ¿será indiferente que yo abraze por mi libertad el bien ó me decida por el mal? ¿Usaré en uno y otro caso rectamente de mi libertad? No, señores: la libertad es propiedad de la voluntad, y esta por una fuerza necesaria é irresistible se inclina siempre á lo bueno y repugna y reprueba lo malo. Yo debo dirigirme necesariamente á un fin, y este fin es mi felicidad: y por lo mismo mi libertad debe emplearse siempre para el bien, á fin de que no repugne á la inclinacion natural de mi voluntad, ni me prive de esa felicidad en que solo podrá encontrar reposo mi corazon. Todo lo que no sea dirigirme al bien y á la felicidad, todo lo que de ese bien y de esa felicidad me aparte, será un verdadero abuso de mi libertad, digno de reprobacion y de castigo. De aquí resulta que la libertad humana será tanto mas perfecta, cuanto mas se acerque á lo bueno, y se aparte de lo malo, y que á la idea de libertad debe unirse siempre la idea del deber; por que este es el que dirige rectamente á aquella é impide sus lamentables extravios. Por esto, señores, cuando se habla al hombre de libertad, cuando se le habla de derechos, sin hacerle conocer antes sus deberes, se le extravia, se le aparta de su felicidad, se le coloca en un plano inclinado, que le hará rodar necesariamente hasta el abismo. Deberes tiene el hombre que cumplir para con Dios, deberes para consigo mismo, deberes para con

sus semejantes; y una voz que resuena en su interior le dice, que no le es lícito hacer todo lo que puede, y que si desea conseguir el bien supremo, allí debe detenerse su libertad, donde se encuentra la línea que le marca sus obligaciones. La combinación y armonía de nuestra libertad y nuestros deberes producen el orden y la justicia; y solo por la senda del orden y la justicia puede el hombre alcanzar su felicidad verdadera.

¡Oh qué grande y que sublime se presenta la doctrina católica, cuando nos explica los deberes, que tenemos necesidad de cumplir, para usar rectamente de nuestra libertad! No son graves, no son difíciles los que nos impone. Son tan sencillos y tan conformes á nuestra naturaleza, que nacen del fondo mismo de nuestro corazon, y se reducen todos al dulce y suave precepto del amor. Sí, el amor es el límite que la doctrina católica pone á nuestra libertad, y en amando el hombre, puede hacer todo cuanto quiera. Amar á Dios y amar al prójimo: ved aquí todos los deberes que nos impone la doctrina católica. En ella no es el interés, la utilidad, el egoismo, ni la fuerza lo que constituye el límite de nuestra libertad; es el amor, ese sentimiento del corazon humano, que forma su verdadera vida, porque sin él se consume y perece. Contemplad al hombre, inflamado por el amor puro, que inspira la doctrina de Jesucristo, y observareis como aparece grande, noble y verdaderamente libre.

El que ama á Dios, no se rebela contra su autori-

dad soberana: oye con docilidad su palabra, se somete voluntariamente á su doctrina, le adora de la manera que Él quiere ser adorado, y mira con horror todo culto que no sea el que Él mismo ha establecido; porque solo este le es grato y los demás le son abominables. El que ama á Dios evita constantemente el pecado, que es la mas vergonzosa de todas las servidumbres; y practicando la virtud, goza de una dulce paz y de una tranquilidad de conciencia que no permiten sea tiranizado jamás por la violencia de los remordimientos. El que ama á su prójimo, respeta su vida, sus bienes y su fama; no turba su reposo, no le oprime, no le causa daño alguno, ni angustia su corazon, haciendole derramar amargas lágrimas. No vé en los demás hombres mas que hermanos, por quienes está pronto á sacrificarse gustoso, y á quienes se asocia, no para el mal, sino para el bien, remediando solícito todas las necesidades, y procurando poner término á todos los infortunios. Inspirado por el espíritu católico, forma asociaciones benéficas, cuyo fin único es comunicar la verdad á la inteligencia, libertandola de la esclavitud del error, ofrecer consuelos al corazon, llevar la paz y la alegría hasta el lecho mismo del moribundo, y penetrar hasta en la humilde morada del mendigo, para prodigarle abundantes recursos, que remedien su indigencia. ¡Oh, que grande, que noble, que sublime aparece el hombre animado por el espíritu que inspira la doctrina católica! Regulada su libertad por el amor, llega á perfeccionarse de tal modo, que,

absteniéndose siempre del mal, se vé libre de la esclavitud del error, de la esclavitud del pecado, de la esclavitud de las pasiones, y en una palabra de todas las esclavitudes, usa rectamente de su libertad, y es el único que puede decirse verdaderamente libre.

Aplicad, señores, esta regla á todas las libertades; ponedles el límite, que marca la doctrina católica, y vereis aparecer siempre la libertad justa y legítima, de que únicamente debe gozar el hombre, y que produciendo el orden y la justicia, dá la paz al individuo, la tranquilidad á la familia, y la felicidad á las sociedades humanas. Pero quitad ese límite, y vereis como el hombre, abandonado á sí mismo, marcha por extraviadas sendas, hasta hundirse en el abismo de la degradacion mas espantosa. Vedle guiado por las funestas máximas de la pretendida ciencia moderna, y observareis que, hablando de libertad religiosa, abandona la doctrina salvadora de Jesucristo por seguir los falsos dogmas de una religion inventada por la razon en su extravío; postrandose unas veces ante inmundos simulacros, como en la gentilidad, ó abrazando otras los delirios repugnantes, nacidos de la pretendida reforma del siglo XVI, hasta humillar su frente ante la llamada *diosa razon*, degradacion horrible á que llevó al hombre en tiempos no muy lejanos una inmoral y perniciosa filosofía. Le oireis hablar de libertad de conciencia y de libertad de pensar; pero observad sus hechos y muy pronto comprendereis, que, con esas especiosas

palabras, solo pretende alcanzar una facultad omnimoda, para marchar sin obstáculo por los caminos del vicio, y correr sin impedimento por las sendas tenebrosas de los errores. Y se esforzará por propagar sus doctrinas; y á nombre de la libertad enseñará sus perniciosas máximas, corrompiendo con ellas los corazones y extraviando las inteligencias de tiernos é inocentes jóvenes; y se asociará con los demás partidarios del error y del vicio, para llevar adelante sus planes de destruccion, y en sus juntas nocturnas gritarán todos con furor: «oprimamos al varon justo, no «perdonemos á la viuda, ni respetemos las canas del anciano. Nuestra fuerza sea para nosotros la ley de la «justicia, porqué lo que es flaco se reputa por inútil. «Oprimamos, sí, oprimamos al justo porque es contrario á nuestras obras, nos echa en cara los pecados.... y se nos ha hecho el censor de nuestros pensamientos..... Recarguemosle con ultrajes y con tormentas, para que conozcamos su humildad y probemos su paciencia. Condenemosle á la muerte mas infame.» ¡Oh, esto dijeron los hijos de la incredulidad y se equivocaron, porque los cegó su malicia, dice el sagrado libro de la Sabiduria. *Haec cogitaverunt et erraverunt excaecavit enim illos malitia eorum.* (1) ¡Ah señores! el impío busca libertad y gloria; pero no encontrará jamás sino esclavitud é ignominia. Vanos serán sus esfuerzos, inútil su agitacion, ilusorias sus

(1) Sap. II, 10, 11, 12, 14, 19, 20, 21.

esperanzas, porque el abuso, que hace de su libertad, produce necesariamente la opresion y tirania del entendimiento del corazon, y de la conciencia, encadenados fuertemente por el error, la iniquidad y los remordimientos.

¿Puede darse mayor degradacion, mayor ignominia para la criatura racional? Solo la doctrina católica puede libertar al hombre de tan repugnantes servidumbres; y esta es la causa por qué la Iglesia llama hoy á sus hijos y procura detenerlos en su carrera de perdicion, repitiendo: «acuerdate, hombre, que eres polvo y en polvo te has de convertir.» Y pone la ceniza sobre las frentes de los grandes y de los pequeños, de los fuertes y de los débiles, de los ricos y de los pobres; y á todos igualmente dice: «acordaos que sois polvo y en polvo os habeis de convertir.» Sí, acordaos que la vida del tiempo pasa con rapidez; acordaos que vuestros pasos se han de parar en el sepulcro; y que si ahora abusais de vuestro poder, de vuestras facultades y de vuestra libertad, llegará el momento de la muerte, en el que el orden, trastornado por vosotros, será restablecido, y el justo, que ahora llora, será para siempre feliz, mientras que el impío, que ahora triunfa, será para siempre desventurado. *Memento homo.....*

¡Oh qué enseñanza tan importante, señores! ¡que máxima tan provechosa para el cristiano! Ella nos recuerda el momento de nuestra muerte, ese momento, en que se desvanecen todas las ilusiones,

se disipan todas las sombras aparece la realidad, y se abren á nuestra vista las puertas de una region desconocida, á donde todos insensiblemente marchamos, y donde se consumará la gloria del justo, y llegará á su colmo la ignominia y la degradacion del pecador. Por eso el momento de la muerte es dulce y consolador para el justo, horrible y angustioso para el impío. Sí, el justo vé en él con inefable alegria el feliz tránsito del destierro á la patria, el anhelado término de sus ansias y el dichoso cumplimiento de sus deseos. No siente abandonar á un mundo, que despreció; no llora por la pérdida de unos bienes transitorios, que jamás pudieron llenar su corazon; suspira por el cielo, y cuando la muerte cierra sus ojos, vuela su alma «á vivir «para siempre, á gozar de la recompensa, y á recibir «de mano del Señor reino de honra y corona de hermosura, porque con su derecha cubrirá á los justos «y con su santo brazo los defenderá» (1). Y su inteligencia entrará en posesion de la verdad infinita, y su voluntad se saciará con el supremo bien, y embriagada en un torrente de delicias exclamará con santo regocijo: *Quod concupivi jam video, quod speravi jam teneo*. Sí, ya he visto satisfechas mis esperanzas, ya he logrado el precioso é inestimable objeto de mis deseos. Y llena de júbilo é inundada de gozo, entonará himnos de gratitud en honor de su Dios, que la ennobleció en la tierra con las virtudes y la ensalza en el cielo, lle-

(1) Sap. V. 16, 17.

nándola de magestad, y recreandola con las inefables dulzuras de su gloria.

¡Que diversa es la impresion, que recibe el pecador en el momento de su muerte! El que abusando de su libertad corrió por las sendas del pecado, el que colocó en la felicidad terrena el fin único de sus aspiraciones, el que esperaba gozar acá en la tierra de una felicidad, que llenase su corazon, ¡con que angustia verá que todo lo pierde, y que para él desaparecen el poder, las riquezas y los honores, en que tenia puesta su confianza! ¡Oh con qué sobresalto entrará su alma en la eternidad, sola, y sin que la acompañe mas que la ignominia, con que la cubrieron sus antiguas iniquidades! Y llorará para siempre al ver que para ella «la luz no brillará jamás, ni le alumbrará el sol de la inteligencia y que en vano se «cansó por los caminos de la iniquidad y anduvo por ásperas y difíciles sendas» (1) ¡Con qué amargura unirá su voz á la de sus compañeros de infortunio, para repetir todos desconsolados: *Ergo erravimus á via veritatis*, luego hemos errado el camino de la verdad. ¡Nosotros insensatos tuvimos la vida del justo por locura y su fin por una deshonra! ¡Desgraciados de nosotros, que viviremos para siempre privados de la verdad y del bien, sin consuelo y sin esperanza; mientras que los que escarnecimos y despreciamos en la tierra, han sido contados entre los hijos de Dios, y

(1) Sap. V, 6, 7.

gozan de una suerte feliz en la patria dichosa de los bienaventurados! *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei, et inter sanctos sors illorum est.* (1)

Esto es, señores, lo que quiere la Iglesia que meditemos hoy, al escitar en nosotros el recuerdo de la muerte. Nuestras obras han de decidir en el momento en que aquella nos hiera con su inexorable guadaña, la suerte, que nos haya de caber en la eternidad. Con nuestras manos hemos de labrar nuestra eterna felicidad ó nuestra desdicha eterna. No importa que la incredulidad niegue estas verdades; llegará el momento, infalible y necesariamente ha de llegar, y entonces veremos de nuevo confirmada la verdad de la palabra divina, que ahora nos amonesta, exhortándonos á que con nuestras buenas obras evitemos nuestra infelicidad y nos hagamos dignos de una perfecta é inefable dicha. Acordaos, señores, que en el paraíso la negacion de la verdad divina atrajo sobre el hombre males é infortunios, que todos sin excepcion por desgracia experimentamos; no os olvideis de que el hombre mientras se mantuvo fiel á los preceptos del Señor fué feliz, y teniendo á la vista estos hechos tan fecundos en instruccion para el cristiano, resolved ahora mismo la línea de conducta, que habreis de seguir en adelante.

En vuestros oídos resuenan en nuestros días la voz de la doctrina católica, que afirma, y la voz de la incredulidad, que niega. La primera nos ennoblece y en-

(1) Sap. V. 5.

salza, enseñandonos que hay en nosotros un alma, que nos distingue de los demás seres, que nos rodean; que este alma es inmortal y por lo mismo ha de sobrevivir á la ruina del cuerpo, y ha de gozar en la eternidad de una felicidad sin medida ó ha de sufrir una desventura sin término, y que usando rectamente de nuestra libertad seremos felices, mientras que abusando de ella seremos infortunados. La voz de la incredulidad, por el contrario, niega la existencia del elemento espiritual de nuestro ser, niega su inmortalidad, niega los premios y castigos futuros, y reduciendo al hombre á los estrechos límites del tiempo, lo degrada y envilece hasta confundirlo con los irracionales. En una palabra, señores, la enseñanza católica nos eleva hasta los cielos, la enseñanza racionalista nos humilla y confunde hasta el abismo. ¿Cual escogéis? ¿Por cual os decidís? Hoy los campos se han deslindado: es necesario resolverse, ó por la verdad ó por el error; ó por la Iglesia ó por la incredulidad. Pero ¡ah! señores no lo dudo. Vuestros rostros, vuestra actitud, vuestro recogimiento me revelan que deseais permanecer fieles á la doctrina de Jesucristo, que detestais las perniciosas máximas de la incredulidad, y que allá en el fondo de vuestro corazon estais diciendo ahora mismo conmigo: solo en la doctrina católica está la verdad; solo la doctrina católica puede ensalzarnos y engrandecernos.

Mas ¡ay, cristianos! ¡que profunda amargura oprime mi corazon en estos momentos! Dirijo una



mirada al mundo y me estremezco; contemplo la encarnizada lucha, que en él se agita y tiemblo. No, no temo por la Iglesia, porque esta jamás sucumbe: temo, si, por los infelices que apartándose de ella desgraciadamente se pierden. ¿No oís la tempestad, que ruge sobre nuestras cabezas? ¿No veis al protestantismo, que desacreditado ya y agonizante en los paises, que hasta ahora le han servido de guarida, se ha atrevido á fijar su inmunda planta en nuestro privilegiado suelo? ¿No advertís el temerario empeño con que aspira á arrebatarnos la fé católica, que hasta ahora ha sido el robusto fundamento de todas nuestras glorias? ¿No observais como marcha por todas partes la incredulidad, erigida su soberbia cabeza, vomitando blasfemias, despreciando todo lo santo, todo lo sagrado, y aspirando nada ménos que á corromper nuestros corazones y á inficionar la sociedad con su hálito mortífero...? ¡Oh, España,! tú que fuiste siempre católica, y por lo mismo siempre grande, generosa y noble; tú que abrazada con la cruz de Jesucristo, alcanzaste un nombre ilustre, y te llenaste de esplendor y de gloria; ¿sucumbirás hoy en la lucha? ¿Llegarás á doblar tu cuello bajo el nefando yugo de la impiedad? ¿Te dejarás arrebatar por el impetuoso torrente de la inmoralidad, que te conmueve?...

Misereris omnium, Domine...(1) Piedad piedad, Se-

(1) Introito de la Misa de este dia.

ñor, tened piedad de vuestro pueblo! Vos que os compadeceis de todas nuestras miserias, que estais pronto á derramar sobre nosotros los tesoros de vuestra misericordia, haced que brille en favor nuestro el irresistible poder de vuestro robusto brazo. Somos vuestros hijos y aunque en nosotros aborreceis el pecado, sabemos que nos amais, porque jamás odiasteis á las hechuras de vuestras manos: *nihil odisti eorum, quae fecisti*. Y si esperais nuestro arrepentimiento, para disimular nuestros pecados, si esperais que nuestros corazones se llenen de dolor por haberos ofendido, para otorgarnos el perdón, atended á nuestras lágrimas, oid nuestros gemidos, observad el dolor que nos oprime, y no os acordeis de nuestros pasados extravíos, que detestamos con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas: *disimulans peccata hominum propter paenitentiam, et parcens illis*. Sí, justamente padecemos, porque os fuimos desleales, fuimos ingratos á vuestros beneficios y favores, nos dejamos sorprender por los engaños seductores del mundo y nos apartamos de Vos; pero hoy desengañados volvemos, cual hijos pródigos, á los brazos de nuestro padre. Aborrecemos la incredulidad, detestamos la heregía, queremos vivir siempre iluminados por la fé, declarando en presencia de los cielos y de la tierra que Vos solo sois nuestro Dios, nuestro Señor y nuestro Padre: *quoniam tu es Dominus Deus noster*. Haced que per-

manezca firme en nosotros este santo propósito: haced que repitamos estas palabras todos los días de nuestra vida, y que en el momento de nuestra muerte, al despedirnos del tiempo, para entrar en la eternidad, sean las últimas palabras que pronuncien nuestros labios: *Tu es Dominus Deus noster*. Vos sois nuestro Dios, nuestro consuelo, nuestra esperanza, nuestra vida, nuestra felicidad y nuestra eterna recompensa. Así sea.

